

del *Cid* no se hallan romances, sino que es una serie de romances, ó, si se quiere, un romance largo. Opinaba Milá asimismo que la poesía popular no fué en un principio patrimonio de la plebe, que la palabra *romance* tardó mucho en adquirir el significado especial que hoy le damos, y que en las primitivas obras poéticas castellanas influyeron la audición y el recuerdo de las francesas, aclarando prodigiosamente una cuestión involucrada por el espíritu puntilloso de nacionalidad.

Si la *Conclusión* y las *Ilustraciones* del estudio *De la poesía heroico-popular castellana* encierran tesoros de incalculable valor, no menos sorprenden la seguridad y el dominio comprensivo del asunto, con que el autor reconstituye los materiales de cuya aglomeración se componen los mitos legendarios de *El Rey Rodrigo*, *Bernaldo del Carpio*, *Fernán González* y sus sucesores *Los Infantes de Lara* y *El Cid*¹, para no hablar de lo referente á los *Romances históricos varios*, á los ciclos carlovingio y bretón, y á los *Romances novelescos* y *caballerescos sueltos*.

Una condición rarísima y un defecto capital se dan la mano en los estudios de Milá sobre las leyendas épicas castellanas, á saber: el candor infantil que le hacía apto para saborear las delicadezas del arte primitivo, y el apego tenaz á la concisión de la frase, con lo que envuelve al lector en un laberinto de abreviaturas y referencias, bastante para quebrantar la voluntad y el gusto más decididos.

No sólo el libro magistral sobre la vida y escritos del autor de *Los trovadores en España*, sino también los *Apuntes para una historia de la sátira en algunos pueblos de la antigüedad y de la Edad Media*, y las memorias literarias de *El Dr. Vicente García, Rector de*

¹ Sostiene Milá que la redacción de la *Crónica rimada* (*El Rodrigo* dice él) es posterior al poema del *Myo Cid*, aunque sin retrasarla tanto como Menéndez Pelayo.

Vallfogona y de *Ausias March y su época*, acreditan al venerable profesor barcelonés D. Joaquín Rubió y Ors de erudito insigne, tan apto para el análisis como para la inducción. Después de iniciar con sus poesías la *Renaixensa* catalana, ha historiado sus precedentes y primeras manifestaciones con la competencia de testigo presencial é irrecusable.

Amigo y compatriota de Milá y Rubió fué D. José Coll y Vehí, el autor de los *Elementos de literatura* (1857), texto de Retórica y Poética que rompe con la autoridad de Hermosilla y que aún no ha perdido su oportunidad para la segunda enseñanza; el historiador de *La sátira provenzal*, el filósofo y prosodista consumado, en cuyos *Diálogos literarios*¹ se exponen, con igual originalidad que agudeza y acierto, los principios de la métrica castellana, y se distinguen las sutiles nociones del *tono*, la *cantidad* y el *acento* por medio de ingeniosísimos recursos. Aunque el asunto de la obra no es de crítica, la sabe aplicar Coll y Vehí incidentalmente con la misma discreción y el mismo delicado gusto de que dejó muestras en el paralelo entre Fray Luis de León y Quintana (muy favorable á aquél), y en el mencionado estudio sobre *La sátira provenzal*; ¡Lástima que, por no haberse coleccionado sus papeles póstumos, no poseamos todos los frutos de aquel gran talento, arrebatado por muerte prematura, que se llevó con él un gran corazón y un gran carácter!

Para conocer en su parte externa la literatura dramática española no existe obra más completa que el *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español, desde su origen hasta mediados del siglo XVIII*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera², complemen-

¹ La casa editorial de Bastinos ha publicado esta obra (Barcelona, 1882) con un prólogo de Menéndez Pelayo, y un resumen de cada diálogo, que hacen preferible esta segunda edición á la primera.

² Madrid, 1860.

to indispensable de la del alemán Adolfo de Schack. Ambas representan una labor pacientísima, aunque se diferencien por su carácter, que es en una de inventario minucioso, y en otra de apreciación sintética; ambas serán la base sobre que necesariamente ha de edificar quien aspire á la gloria de historiador definitivo de nuestra escena. Además del referido *Catálogo*, que bastaría de suyo para rescatar del olvido el nombre de su autor, lo fué la Barrera de una biografía de Rioja, y de otra muy amplia de Lope de Vega, premiada hace años, y que va al frente de las obras del portentoso dramático en la edición que publica la Academia Española.

Miembro conspicuo de aquella generación universitaria que comienza con el magisterio de Sanz del Río, y que invadió primero las aulas públicas para ocupar, después de la revolución de 1868, las tribunas del Congreso y los escaños ministeriales, fué D. Francisco de Paula Canalejas uno de los pocos que prefirieron las soledades del pensamiento científico al fragor de las contiendas políticas y oratorias, aunque sus enseñanzas orales y escritas están informadas por el principio revolucionario. La Literatura y la Filosofía se disputaron su inteligencia con igual imperio, aunándose en combinación extraña, que explica la simultaneidad de las evoluciones porque pasaron, en uno y otro terreno, las ideas del infortunado profesor. Dentro del krausismo ortodoxo nadie conoció y expuso mejor que él las teorías de la Estética, y aun se permitió el lujo de estudiar los adelantos de la Filología moderna, y de ampliar los conocimientos de Literatura española, adquiridos en las obras de su maestro D. José Amador de los Ríos. Sin embargo, y á consecuencia del dogmatismo y el ningún amor á la erudición, propios de la secta filosófica á que se había afiliado, se dejaba llevar Canalejas á las generalizaciones precipitadas y deslumbradoras. Su curiosidad le impulsó á seguir con atención el movimiento intelectual de las naciones cultas, á tomar nota de

los sistemas nuevos, y á examinar los que lograban fortuna; y al cabo de tan laboriosa tarea, vaciló el edificio de sus antiguas convicciones, y fué después víctima de una enajenación mental. En medio de la vaguedad que caracteriza sus escritos, todavía ostenta cualidades de pensador, crítico y estilista en las dos partes del *Curso de literatura general*, en los *Estudios de Filosofía, Política y Literatura* ¹, en los artículos sobre *Los poemas caballerescos y los libros de caballerías* que insertó en la *Revista Europea*, y en sus discursos académicos ².

La escuela sevillana produjo en el período á que voy haciendo referencia críticos de gran nombradía como D. José Fernández Espino, D. José Amador de los Ríos y D. Manuel Cañete, desde que el primero y el último fundaron la *Revista de ciencias, literatura y artes*.

De Fernández Espino poseemos coleccionados los *Estudios de literatura y de crítica* ³ que tratan *Sobre la influencia de la poesía en la historia, De la moral en el drama, Sobre el origen de la emoción trágica* (que hace consistir en la simpatía del hombre hacia el hombre), y en que se estudian el *Teatro de la monja Hrotswita* y *La Jerusalén libertada*. El autor publicó más tarde un incompleto, aunque excelente, *Curso histórico de literatura española* ⁴.

Por encima de todos los nombres mencionados, sin exceptuar el de Milá y Fontanals, descuella el de

¹ Madrid, 1872.

² Entre los discípulos españoles de Krause que han propagado sus doctrinas estéticas deben ser citados D. Francisco y D. Hermenegildo Giner. Un criterio radicalmente contrario predomina en los *Ensayos críticos* de D. Gumersindo Laverde (Lugo, 1868), en los que se leen discretos artículos sobre las *Doloras* de Campoamor, las poesías de Doña Robustiana Armiño y la *Historia de la crítica literaria*, por D. Francisco Fernández y González, juntamente con otros de filosofía é instrucción pública.

³ Sevilla, 1862.

⁴ Sevilla, 1871.

D. José Amador de los Ríos ¹, como personificación del estudio analítico y la filosofía del arte, aplicados á la historia literaria de la Península, como sabio ordenador de los materiales allegados por sus predecesores, y enciclopedia viviente en que se condensaron las adquisiciones de todos ellos para recibir forma impecable y orgánica. Ya que la envidia póstuma no ha respetado la gloria de tan insigne varón, cumple á sus admiradores enaltecerla con la simple enumeración de los servicios que le debe el conocimiento científico de la cultura española, así en la esfera de las artes plásticas como en la de las letras. Descontando sus peregrinas investigaciones sobre los monumentos arquitectónicos de España, sus dos obras sobre los judíos, sus monografías, discursos y artículos de revista, bastan para inmortalizarle los siete volúmenes de la *Historia crítica de la literatura española* ², á que sirvieron de heraldo la traducción de la de Sismondi con numerosas adiciones ³, y la publicación de las *Obras del Marqués de Santillana* ⁴.

No es la *Historia crítica* de Amador de los Ríos, como algunos fingen creer, compilación indigesta de datos, ni consiste su valía en los numerosos descubrimientos bibliográficos, ó en las rectificaciones de fechas y conceptos, con que nos sorprende á cada página, y que, por lo evidentes, nadie se atreve á negar. Obedece á un plan superior y profundamente pensado, tiene por doble base la realidad externa de los acontecimientos sociales, y los principios de la Estética; hace reflejar en la producción literaria el genio y las

¹ Nació en Baena (Córdoba) el 1.º de Mayo de 1818 (tres días antes que Milá). Fué profesor de Historia crítica de la Literatura española en la Universidad Central, é individuo de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando. Falleció en Sevilla el 17 de Febrero de 1878.

² Madrid, 1861-1865.

³ Sevilla, 1841-1842.

⁴ Madrid, 1852.

costumbres nacionales con sus vicisitudes y modificaciones; atiende á la vez al mérito absoluto y al relativo, al fondo y á la forma; encadena, quizá con exceso de rigor sistemático, las diferentes partes del conjunto; traza con maestría los caracteres distintivos de cada edad y cada período; y con ser parciales ó defectuosos los trabajos que hubo de utilizar, dió al suyo en multitud de casos el privilegio de lo irreformable.

Nada de particular ofrecen los capítulos consagrados á la manifestación hispano-latina clásica; pero sobre la visigoda expone Amador una serie de reflexiones originalísimas que arrojan viva luz sobre los orígenes de la literatura propiamente española; y concede á la tradición isidoriana la influencia no interrumpida que realmente tuvo por espacio de muchos siglos. Aprecia después los efectos de la invasión musulmana y de la lucha de la Reconquista, y la infancia de nuestra poesía épica inspirada por el sentimiento religioso y patriótico, nacida á la sombra de la Iglesia y respirando la ardiente atmósfera de los combates. Con tales precedentes resulta obvia y espontánea la solución del intrincado problema sobre el nacimiento de la rima, que habían contribuido á involucrar las cavilaciones de algunos ingenios descarriados, y se demuestra que la versificación latino-elesiástica con el adorno del consonante y desviada del cauce clásico, fué el modelo de la que adoptó el naciente idioma. El autor de la *Historia crítica* niega en términos demasiado absolutos la imitación de los autores franceses por los españoles del *Poema del Cid* y sus similares, pero refuta bien las exageraciones de Damas Hinard y el Conde de Puymaigre. Con igual lucidez descubrió el entronque del arte vulgar y el erudito, la aparición de la forma lírica y del simbolismo oriental (siglo XIII); la del elemento caballeresco y la alegoría al estilo del Dante (siglo XIV); la aurora del renacimiento en las cortes de D. Juan II de Castilla y D. Alfonso V de

Aragón, y la contraria suerte, en fin, de la Literatura en los reinados de Enrique IV y de los Reyes Católicos. La falta de salud, de calma y de recursos, impidió á Amador de los Ríos la continuación de su obra, para la que tenía dispuestas copiosas apuntes y aun comenzados algunos capítulos. No habrá que lamentar, sin embargo, este mal accidente si cumple con su propósito de completar la *Historia crítica de la literatura española* el insigne Menéndez Pelayo.

Para hacer plena justicia á Amador de los Ríos, no ocultaré las imperfecciones de más bulto que afean su extraordinario mérito, y que consisten en la sustitución frecuente del criterio artístico por el histórico, en las repeticiones inútiles de una misma idea, en el estilo amazacotado y palabrero que dificulta la inteligencia de muchos pasajes, y en el barniz de filosofía transcendental bajo el que se ocultan verdaderos sofismas ó vulgaridades.

La tempestad de recriminaciones y desdenes que ha descargado en estos últimos tiempos sobre la reputación de D. Manuel Cañete (1822-1891) no debe ni puede impedir que se enaltezcan con justicia las relevantes prendas de carácter, laboriosidad é inteligencia que acompañaron á su larga carrera de escritor, iniciada á los dieciséis años con la dirección del periódico *La Aureola*, y proseguida entre combates y contradicciones que hubieran rendido á un temperamento menos varonil. Las publicaciones de Sevilla, Granada y Madrid insertaron sus primeros artículos, inspirados en las mismas ideas que los que escribió después. *El Genil*, *La Alhambra* y la *Revista de ciencias, literatura y artes*, por un lado; *La América*, *El Heraldo*, y casi todos los órganos de la política moderada por otro ¹, dieron á su firma un prestigio que las corrientes de-

¹ Recién venido á la corte, también explicó en el Ateneo (1847-1850) un curso de literatura dramática.

mocráticas vinieron á atacar con inaudita furia. Pasaba Cañete por ser la personificación del gusto académico, del purismo en las ideas, en las formas y en el lenguaje, y de la intolerancia idealista, que se unía en él con la defensa de la ortodoxia católica y monárquica. Pasaba igualmente por muy amigo de sus amigos, á quienes encumbró con incesantes ditirambos cuando contaban con méritos propios, presentándoles, cuando no, bajo el aspecto más halagüeño y simpático, siquiera fuese á costa de la imparcialidad. Cítanse como prueba sus farragosas revistas teatrales en *La Ilustración Española y Americana*, y los innumerables prólogos que su excesiva bondad ó sus relaciones sociales le arrancaron para otros tantos volúmenes de verso y prosa zonzos, que se eternizan en los escaparates de las librerías, ó van á engrosar los montones de viejo.

Y no son gratuitos estos cargos, por mucho que los disculpe la inclinación á alabar lo que en algún modo nos interesa y pertenece. Pero en cambio presenta Cañete como título de gloria el haber reconocido siempre la inspiración y el talento donde quiera que los encontró, sorprendiéndolos más de una vez en el retiro de la modestia; porque, ¿cómo olvidar que á él debieron sus primeros triunfos Selgas en *La primavera y el estío*, y Ayala en *Un hombre de Estado*?

Desde 1850 hasta su muerte, apenas hay obra, ni acontecimiento literario ó artístico, que no juzgase con más ó menos amplitud, siempre á la claridad de nobles y luminosas ideas, siempre en conformidad con un criterio fijo. Si se dejó seducir por las apariencias deslumbradoras y por el espíritu de partido, nadie podrá acusarle, con verdad, de inconsecuente, de adorador del éxito y esclavo de la opinión, y ahí están, para desmentir á quien tal diga, las briosas campañas sostenidas por el difunto académico contra el sentimentalismo exagerado de Eguílaz, contra el neo-romanticismo de Echegaray, contra lo que él llamaba *bazofia*

antiliteraria de los teatrillos por hora, contra la novela naturalista en su período de apogeo; campañas á diario, en las que se interesaban los nombres propios, y de que le resultaron numerosas antipatías.

La crítica de Cañete con todas sus virulencias y puerilidades, es seria y honrada, é impone respeto hasta cuando más se extravía. No es, sin embargo, la crítica más acertada, ni sabe pasar de la superficie al fondo para desentrañarlo, ni reconstituir sus elementos primordiales para dar nueva vida y ser nuevo á la concepción del artista. Es prolijamente minuciosa; pero en el sentido vulgar y rudimentario de dividir la obra en partes, secciones y momentos, para acomodarla al encasillado simétrico de la preceptiva; es fiel y exacta, pero apelando al procedimiento sencillito de copiar las ideas y las palabras del autor.

Cañete estudió también las fases de nuestra Literatura, distintas de la contemporánea, y muy particularmente la historia del Teatro español antes de Lope de Vega, sobre la cual poseía multitud de datos peregrinos, aunque no acabó de consagrarle la obra completa que tenía prometida. Entretanto han de consultarse su discurso académico *Sobre el drama religioso español antes y después de Lope de Vega*¹, sus prólogos á las *Farsas y églogas* de Lucas Fernández y la *Serafina* de Miguel de Carvajal, y sus estudios sobre Jaime Ferruz (autor del *Auto de Caín y Abel*), el maestro Alonso de Torres y Francisco de las Cuevas². El laborioso

¹ En él dió á conocer las representaciones bíblicas de Sebastián de Horozco, insertas en su *Cancionero*, y la *Obra d' El pecador*, de Bartolomé Aparicio. (Véase en el tomo I de las *Memorias de la Academia Española*.)

² Véase *Obras de D. Manuel Cañete*, tomo II. *Teatro español del siglo XVI*. Madrid, 1885. (En la *Colección de escritores castellanos*.) Además de los trabajos reunidos en este volumen, y del discurso que menciono en el texto sobre el drama religioso español, ha dejado Cañete una ligera reseña crítico-biográfica de Agustín de Rojas Villadrando, autor de *El viaje entretenido*. (*Almanaque de La Ilustración para 1886*.)

crítico da curiosas noticias del modo con que se efectuaron nuestras primitivas representaciones sacras, y patentiza lo absurdo de la acusación lanzada por Martínez de la Rosa contra el Tribunal del Santo Oficio, al hacerle causante de la supuesta decadencia del Teatro español en la primera mitad del siglo XVI.

La bibliografía cervantesca, después de los magistrales trabajos de D. Martín Fernández de Navarrete y D. Diego Clemencín, se aumentó con otros de diversa índole, muchos de ellos originales de los autores juzgados en este capítulo. Se distinguieron en la misma tarea D. Francisco Tubino (*Cervantes y el Quijote*), que combatió con éxito la tan acreditada opinión que identifica al falso Avellaneda con el dominico Fr. Luis de Aliaga, y adelantó algunas observaciones sobre la interpretación de la inmortal novela (dejándonos también una voluminosa *Historia del renacimiento literario en Cataluña, Baleares y Valencia*); D. Nicolás Díaz de Benjumea, autor de *La estafeta de Urganda*¹ y *La verdad sobre el Quijote*², que á costa de grandes fatigas y desvelos consiguió involucrar la vida de Cervantes, apoyándose en alusiones recónditas, supuestos anagramas y conceptos pueriles, para hacer de aquel cristiano ingenio una especie de filósofo librepensador, y del *Quijote* un libro autobiográfico y un conjunto de simbolismos ó embolismos creados en la *cárcel mitológica* de Madrid ó de la tierra³; D. José María Asensio de Toledo, á quien debemos, entre otras, una excelente monografía sobre *El Conde de Lemos, protector de Cervantes*⁴, y D. Mariano Pardo de Figueroa (*el Doc-*

¹ Londres, 1861. A este folleto deben añadirse *El correo de Alquife*, *El mensaje de Merlín*, *Discurso acerca del Palmerín de Inglaterra*, y varios artículos de revista.

² Madrid, 1878.

³ *Revista Contemporánea* (Año 1877). Benjumea atribuyó el *Quijote* de Avellaneda á Fr. Andrés Pérez, el autor de *La pícara Justina*.

⁴ Madrid, 1880.

tor Thebussem), que en sus célebres *Droapianas* habló del *Quijote* con la originalidad y la donosura características de su pluma. D. Jerónimo Morán (1863) y don Ramón León Máinez (1876), director éste de la *Crónica de los cervantistas*, cierran hasta hoy la serie de biógrafos iniciada con Mayans. La idolatría hacia el manco de Lepanto se convirtió para algunos admiradores extraviados en enfermedad contagiosa, y hubo quien disertase acerca de su *pericia geográfica* (D. Fermín Caballero), y quien le considerara como teólogo (don José Sbarbi); sin faltar tampoco quien tomase en serio estos alardes de ingeniosidad, é infructíferos pasatiempos, por confundir cosas tan distintas entre sí como el genio creador y la omnisciencia.

Prudente, sensato y comedido, á la vez que conecedor de cuanto han dicho sobre Cervantes los autores españoles y extranjeros, tiene Luis Vidart el mérito de haber condensado en substanciosas monografías la historia que podríamos llamar póstuma de su héroe, y esclarecido el carácter épico del *Quijote* á la luz de las modernas clasificaciones literarias. Infatigable en robar al olvido las glorias de la patria, Vidart las populariza en escritos ligeros de periódico, haciéndolas llegar en esta forma á los oídos del vulgo refractario á la erudición. Como polemista, suele inclinarse á la paradoja; como crítico al día, usa de un criterio benevolentísimo, sobre todo si los autores juzgados visten uniforme militar.

Sólo la vertiginosa rapidez con que se atropellan acontecimientos é impresiones en el torbellino de la vida moderna, puede explicar el naufragio de una memoria tan poco enaltecida y tan digna de serlo como la del mallorquín Guillermo Forteza (1830-1873) ¹, en

¹ En otra parte he citado ya (cap. XI) la colección de sus *Obras críticas y literarias*, publicada recientemente en Palma de Mallorca.

cuya idiosincrasia intelectual y moral se fundieron la causticidad y la intuición de Larra, las tormentosas agitaciones de la pasión sin freno, el arraigado espiritualismo, y la idolatría de lo bello en todas sus manifestaciones. Aun sin hacer alto en sus poesías catalanas, bastan para la gloria de Forteza su acabado estudio de *Capmany*, que premió la Academia de Buenas Letras de Barcelona, sus admirables observaciones sobre la decadencia de la Literatura española después del romanticismo, su defensa de Fernán Caballero, y las humoradas satíricas, que se conservan en sus escritos, ó por conducto de la tradición oral.

Antes que Forteza estrenó sus armas de periodista literario D. Juan Mañé y Flaquer, recogiendo á la par de Milá, en el *Diario de Barcelona*, la herencia de su común y fraternal colega Pablo Piferrer, luchando con rudo tesón en pro del arte católico, revolviéndose con fiereza contra el romanticismo disolvente de Víctor Hugo, y el inmoral contrabando escénico de *La dama de las camelias*, á la vez que saludaba con simpatía y efusión los primeros versos de Selgas y la primer obra dramática de Eguilaz ¹. Afea los ensayos críticos de Mañé y Flaquer cierto desaliño de forma que se corrigió al enfrascarse el autor en las contiendas políticas, á las que le arrastraba su condición belicosa, enardecida por el espíritu y las necesidades de partido.

¹ Tengo á la vista la *Colección de artículos por Juan Mañé y Flaquer* (Barcelona, 1856), que publicó Milá y Fontanals, con un prólogo, y que siempre ha escaseado mucho.

